

Documentos

“Verdades”

El documento que se transcribe a continuación corresponde a un folleto editado en agosto de 1935 por la Federación Agraria Argentina bajo el título de “Verdades”. Se trata sin duda de un texto cuyo análisis resultará de gran utilidad para un conjunto heterogéneo de abordajes y lecturas, ya que posee fuertes conexiones tanto con la historia agraria del período, como con la más específica de las organizaciones rurales, proporcionando también elementos de juicio relevantes para el estudio de las características de los campesinos pampeanos a mediados de los '30 y para el análisis del discurso de los organizadores de la Federación Agraria. En la contratapa del documento, puede leerse una publicidad del periódico La Tierra, al que se califica como “el único de propiedad de los colonos y dirigido por los colonos que se edita en el país”.

Lee compañero agricultor

Lee estas cuatro líneas, no son para engañarte, para alucinarte, para atontarte como con frecuencia te ha ocurrido. Lee estas líneas de un tirón y ya verás como nadie, hasta ahora, te ha dicho en un folleto verdades que tanto te interesan. Lee compañero agricultor.

Escucha con atención, porque aquí no vas a oír la palabra hipnotizadora de un charlatán que quiere arrancarte algunos pesos o hacerte firmar un documento cuyo contenido tú ignoras. No, amigo mío, no; esta vez vas a oír la voz de los agricultores como tú; la voz de los hombres que, como tú, labran la tierra y viven y mueren en esa tierra que generalmente ni siquiera les pertenece.

Escucha, compañero agricultor, porque esta vez vas a oír la voz de la conciencia agraria que quiere despertarte, que quiere decirte: “arremángate; aguza tu ingenio; ¡defiéndete del mundo de los parásitos que te descarnan y menosprecian!”

Observa que, en estas cuatro líneas no existe una sola palabra que pretenda halagar tu pobre vanidad, explotar tu legendaria debilidad para conducirte a un lugar determinado, para un fin dudoso. No, compañero: no; tú no observarás semejante cosa. Tú observarás al través de estas páginas un gigante de brazos y pecho velludos y huesosos, de mirar suplicante e iracundo a la vez, que se retuerce haciendo esfuerzos inauditos para romper las ligaduras que lo tienen amarrado al poste de la servidumbre económica... Y que afecta profundamente su moral. ¡Obsérvale cómo te mira y te suplica! ¡Es el agricultor argentino! Obsérvale, compañero: es el agricultor argentino que ya no quiere ser un instrumento de trabajo, un semibestia; que quiere en vez ser hombre en el más amplio sentido de la palabra, con todos sus deberes y derechos; ¡hombre como los demás hombres!. ¡Ayúdale, pues, amigo agricultor: ayúdale a romper las ligaduras!

Y ahora, hablemos un poco de ti, de nosotros agricultores

“Soy propietario de la tierra; no necesito de la Federación Agraria Argentina: me las arreglo yo solo”. Así dice un pequeño propietario que posee doscientas, trescientas o cuatrocientas hectáreas de tierra, y habla castellano.

“Mi soun patrón d’tera; mi am rang da mi, a ne pa da manca d’la fedeciun”; dice un piamontés que posee doscientas, trescientas o quinientas hectáreas de tierra.

“Yo soy dueño de tierra, propietario de mi tierra: no necesito de la Federación, yo me defiendo solo”, dice un español.

Pero ¿será verdad que un pequeño propietario de tierra no tiene necesidad de la sociedad y que puede “arreglárselas” de por sí solo? No, no es verdad, y te lo vamos a demostrar, agricultor amigo. Lee y te vencerás. Tu tienes tierra propia, es cierto; no tienes el peligro de verte tiranizado por un terrateniente. Pero, cuando vas a comprar una máquina, que en el lugar de su fabricación vale quinientos pesos, aquí te cobran mil quinientos. Cuando vas a comprar un artículo alimenticio, que el fabricante extranjero o nacional vende por diez pesos, a ti te cobran treinta. Cuando vas a comprar un traje que no vale más que treinta pesos, a ti te cobran noventa. Cuando tu compras mercaderías, un comerciante pone el precio, pesa y mide lo que tu adquieres, y es inútil que tu protestes por el alto costo, por el mezquino peso y la escasa medida. El comerciante sabe que tu no puedes de por ti solo ir a comprar a Italia, a Francia, a España o a Inglaterra; ni siquiera a Buenos Aires, a Rosario, a Bahía Blan-

ca, porque el viaje y el flete te harían el artículo aún más caro. Como el comerciante sabe eso, te dice sencillamente: "Amigo, si te gusta es así, si no, déjalo". Y tu tienes que comprar, y, aunque eres dueño de tu lote de tierra, no puedes evitar que te cobren cincuenta por lo que vale veinte; con tu tierra no puedes evitar que te saqueen: tu tierra produce un mínimo para ti y un máximo para los demás.

Cuando vas a vender tus productos, no eres tu, compañero agricultor, quien les pone precio y quien los pesa o mide. Si tu tienes trigo, lino o maíz para vender, tienes que resignarte a venderlos por lo que te quieran dar y pesarlos en la balanza de aquel hombre que la usó cuando le compraste. Aquel hombre pesa cuando le compras y pesa cuando le vendes. Tu nunca pesas. Tu debes limitarte a mirar y menos mal cuando puedes mirar como pesan!. Tu nunca sabes cuánto vale tu trigo, tu lino, tu maíz y demás productos; debes resignarte a dar por bueno el precio que otros hombres hayan fijado.

Cuando tienes animales, cueros o lanas para vender, debes preguntarle "humildemente" al negociante de campaña: "¿cuánto me paga por esto?", y deberás aceptar el precio que aquél quiera pagarte. No podrás protestar, no podrás discutir, porque no podrás de por tí solo ir a Europa, ni siquiera a las grandes ciudades del país, a vender tus productos, porque la cantidad de ellos no siempre es suficiente en peso y calidad, y porque también se necesitan comodidades y personal competente que de por tí solo no puedes tener. Hay más compañero. En la ciudad una parte de la población trata de ganar lo más posible y gasta todo lo que gana, y para estar al reparo de penurias económicas en la vejez, exige una *pensión* mientras viva y, algunos, hasta para los hijos. Muchos ya tienen esa pensión y otros van en tren de obtenerla. En cambio, tu vives economizando el centavo, trabajando intensamente desde el alba al ocaso y bastarán dos o tres años malos para obligarte a hipotecar tu tierra; bastará una baja de precio de los productos para que te la quiten y, al llegar a la vejez, obligarte a vivir del pedazo de pan que te den tus hijos, de tus pobres hijos, que después de trabajar desde los cinco o seis años, perdieron con el tuyo el fruto de su trabajo. Eres dueño de la tierra, lo que no te libra de una vejez de miseria y humillaciones.

Ya ves, pues, compañero, que, con tener tierra propia, no puedes evitar que te estafen cuando vendes los productos de tu tierra. No puedes evitar que el ferrocarril te saquee cuando tienes que mandar a recibir una encomienda o una carga y cuando tienes que viajar. El ferrocarril que, debido a la sombra funesta del latifundio que impide la densidad de población, debe hacer correr sus trenes vacíos, o por lo menos con un movimiento de carga, encomiendas y pasajeros muy inferior a lo que de-

bería ser, aumenta continuamente sus tarifas, y tú, con tener tierra propia, no puedes evitar esas tarifas asesinas, porque con tu sola protesta ni puedes destrozlar los latifundios, ni hacer entrar en razón a las empresas ferroviarias. Tú debes pagar y callarte, a pesar de tener tierra propia.

Cuando aseguras tus cereales contra granizo o incendio; cuando aseguras contra accidentes de trabajo, debes aceptar la prima que te imponen y luego... cobras si te pagan, pues tú no conoces quiénes son lo que te aseguran, ni la responsabilidad moral y material que tienen. Y de por tí solo no puedes evitar tamaño inconveniente, porque de por tí solo no puedes constituir una sociedad aseguradora.

Si quieres educar a tus hijos, debes mandarlos al pueblo, a la ciudad, lejos de ti, donde, en vez de educarse cultivando su cerebro y su corazón, se harán unos perfectos sinvergüenzas. Ellos, tus hijos, se acostumbrarán a un ambiente de molicie, de haraganería, muy distinto del ambiente de rudo trabajo en que viven sus padres; cuando vuelvan a su casa verán en el padre de su compañero, que es abogado, un hombre superior a ti; en el otro, que es ministro, a un hombre inmensamente superior a ti; verán a la madre de su compañero, la mujer del abogado, del diputado, del ministro, ricamente ataviadas, perfumadas, arrogantes, y compararán el padre y la madre de su compañero, con su padre y su madre: contigo y con tu mujer, ambos humildemente vestidos, llenos de tierra y sudorosos, y, en vez de sentirse conmovidos por el esfuerzo que tú y tu mujer hicisteis para costearles los estudios, sentirán asco y vergüenza y callarán mientras tú y tu mujer le deis dinero en abundancia; cuando quisierais darles menos, se darán vuelta iracundos y os apostrofarán "Gringos de..." o "Gallegos de...", según seáis italianos o españoles, y si es criollo le dirán viejo de m... Y, si consigues sacar un "dotor", el doctor se avergonzará de ti, pobre agricultor, tan noble pero tan rústico como la tierra que trabajas, y cuando mueras, esa tierra que conseguiste con tantos sacrificios, será dilapidada, pulverizada, en pocos días.

Tu hijo debería ser educado allí, cerca de ti, de tu casa, en una magnífica escuela, dotada de un personal docente superior, de una buena biblioteca, de todo lo necesario, en fin, para una buena educación; y, allí, cerca de ti, para que no pueda hacer comparaciones odiosas; para que vea día a día el esfuerzo que tú haces por él; para que aprenda a amarte y respetarte en vez de aprender a odiarte, a despreciarte... Y bien, compañero: esa escuela, en el medio del campo, no la puedes obtener de por tí solo; únicamente con el esfuerzo tuyo y de tus vecinos, en estrecha unión, la podrás conseguir.

Y cuando vienes enfermo a la ciudad, tu tierra constituye un peligro, porque puedes dar con un médico voraz y mercachifle, que tanto

abunda y que, sabiendo que puedes pagar, encontrará que tienes un tumor al hígado, apendicitis aguda, obstrucción en el canal de la hiel, almorranas internas, y otras cositas más. Te despedazará, te amputará y coseará como una bolsa. ¿Cómo puedes creer que, por tener una porción de tierra, puedes bastarte a tí mismo? Los médicos, estimado compañero, los médicos, que ejercen una profesión tan noble y grande que los hace omnipotentes; los médicos, que poseen gran instrucción y, a veces, fortuna, sienten la necesidad de asociarse y se están asociando: ¿no conoces el sindicato de los médicos argentinos?

Los millonarios industriales y estancieros, que son abogados, médicos, ingenieros, profesores, etc, quienes, a más de su riqueza intelectual, poseen los millones y son dueños del gobierno, todos esos pudientes sienten la necesidad de asociarse: ¿no conoces la Sociedad de propietarios? ¿La Asociación nacional del comercio? ¿La Asociación industrial? ¿La Sociedad Rural?

Y, si esos doctos seres magnates sienten la necesidad de unirse, de asociarse, ¿cómo puedes tú, compañero analfabeto, o semianalfabeto, desheredado, ilustre desconocido, creer que puedes bastarte a ti mismo porque posees unas cuantas leguas de tierra? No, compañero: tu no puedes continuar así, con ideas tan temerarias. Tú debes buscar en la asociación lo que no has podido, lo que no puedes, lo que no podrás encontrar en tu aislamiento.

La sociedad causa algunas molestias; es verdad compañero: pero ¿no es verdad que el criar una familia, el tener constituido un hogar también cuesta muchas molestias y muchos sacrificios? Sin molestias, sin sacrificios nada se consigue en el mundo. Pero, tú no debes pensar solamente en las desventajas de la asociación. Tú debes poner en la balanza de la asociación las ventajas y las desventajas y ponerte del lado donde se inclina la balanza.

Pequeños propietarios jóvenes aprovechad vuestra juventud vigorosa lo más que podáis: acordaos que la vejez llega muy pronto y, con ella, la impotencia y el arrepentimiento por no haber sabido y querido emplear lo mejor posible esa juventud. Pequeños propietarios, a quienes no quedan muchos años de vida, emplead lo mejor posible los pocos años que os quedan, acercaos los unos a los otros, intervenid en las luchas colectivas, salid de vuestro estrecho individualismo: haced que, al dejar este mundo, vuestros hijos y vuestros compañeros os recuerden con cariño y digan sobre vuestra tumba: "él fue sensible al amor, a la bondad, porque, al buscar su propio bienestar, luchó por el bienestar de sus semejantes".

Y tú, compañero arrendatario, ¿qué esperas?

Tú eres el héroe del trabajo y el mártir de la chacra, y, como recompensa a tus virtudes, un mundo te explota y te desprecia. Hace veinte, cuarenta o más años que trabajas y, sin embargo, si mañana murieras, tu compañera y tus hijos no tendrían el dinero suficiente para costear tu entierro; tendrían que recurrir al comerciante general a pedirle cien pesos de los miles que, por año, durante veinte, cuarenta o más años, tú le has entregado. Si mañana quedas imposibilitado para el trabajo, por una enfermedad o por un accidente, no tendrás como vivir un año; deberías ser una carga para tus hijos pobres e ignorantes, y, como tú, explotados, que a duras penas se ganan el pan para ellos. Tú serías en la familia como tu mancarrón viejo, que ya no sirve para el trabajo; que lo tienes porque fue bueno, pero que si llega a escasear el pasto... se lo das a los chanchos.

Deja un minuto de trabajar, compañero; pon tus codos sobre las rodillas y apoya tu cara tostada por el sol sobre tus manos callosas. Eso es: así. Ahora, piensa!... Piensa adónde ha ido tu juventud; piensa en qué has empleado tus energías. Ve cuán corto es el trecho de camino de vida que aún te queda para andar: mira, mira como llega rápido tu último momento y dime, compañero: ¿puedes esperar aún un día más sin buscar a tus compañeros y junto con ellos hacer, en esos breves momentos que aún te quedan de vida, lo que no has podido hacer de por ti solo durante varias decenas de años?

Levántate; sacude esa modorra, esa pereza; estrella contra el suelo ese fatalismo y dí fuerte, muy fuerte: "Quiero vivir la vida real, la vida positiva; quiero buscar la fuerza en mis compañeros, para centuplicar mis fuerzas, para vencer". ¡Muévete! ¿Esperas todavía la gran cosecha, los grandes precios, para cambiar la vida? Pero, compañero: ¿hasta cuándo vas a esperar? ¡Son veinte, cuarenta años que esperas, y aún tienes fuerza de voluntad para esperar! Escucha, compañero; escucha: la cosecha enorme que tú esperas, los precios altos que tú esperas, vendrán, como muchas veces han venido; pero una vez más quedará defraudada tu esperanza.

Porque el propietario de la tierra te aumenta el arrendamiento; el vendedor de arados y de máquinas te aumentan el precio de los mismos; el almacenero te aumenta el precio de los comestibles; el zapatero y el sastre te aumentan el precio de las prendas de vestir y calzar; el ferrocarril te aumenta los fletes; enseguida después de tu gran cosecha, tú sufrirás un verdadero asalto; después de la gran cosecha te despojarán como veinte veces te han despojado y tú quedarás una vez más pobre, muy pobre, tan pobre como tu pobre esperanza...

Y, si, excepcionalmente, llegas a conseguir algún ahorro; busca la causa de semejante fenómeno, y la encontrarás a tu lado y te horrorizarás. Te horrorizarás, porque esos pequeños ahorros representan el analfabetismo, la ignorancia y el amilanamiento de tus hijos, la vejez prematura y el sufrimiento que se nota en el rostro de tu compañera, de tu esposa, en la fealdad de tu casa, en la catástrofe espiritual de toda tu familia. Ah! ¿No te apena ver a tu pobre mujer pasarse los días, los años, re-fregando mugre, remendando trapos, enterrada en esa maldita covacha donde la has condenado a vivir, condenada a dar hijos y más hijos al mundo para que luego, como tú, sean inanimados instrumentos de trabajo; a tu pobre mujer que vive confinada en la cueva, lejos del mundo, lejos de toda sensación y de toda belleza, muerta en vida? Ah! Y esos pequeñuelos que, desde la más tierna edad, condenas al trabajo rudo, embrutecedor, haciendo que se críen raquíticos de cuerpo y alma, esos pequeñuelos que no mandas a la escuela, o los mandas apenas unos meses del año, esos pequeñuelos que se crían ignorantes y cobardes, ¿no te apenan? ¿Has perdido la sensibilidad compañero? No; tú no la has perdido, tú tienes siempre tus buenos, tus innatos sentimientos: es que la serie insalvable de fracasos te hacen dudar de ti mismo.

Tu quisieras romper las ligaduras que te sujetan pero: Tienes miedo al propietario de la tierra porque al menor enojo puede echarte de ella, de tu chacra. Tienes miedo al comerciante, porque puede negarte el crédito. Tienes miedo al comisario, porque puede atropellarte. Tienes miedo al juez de paz, porque puede meterte en la red tremenda de la justicia. Tú tiemblas ante todo y ante todos.

¡Pero, compañero! ¿cómo podría el terrateniente echarte de tu campo, si tú fueras estrechamente unido con los demás colonos, con tus compañeros? Si el propietario tiene el coraje de echarte, es porque sabe que podrá reemplazarte con otro. Si no tuviese la seguridad de encontrar otro trabajador de la tierra para poner en tu lugar, puedes estar seguro, compañero, que no te echaría.

Y bien: ¿por qué no os unís todos los arrendatarios, para negaros a trabajar aquellas chacras de donde fueron desalojados vuestros compañeros? Ah! -dirás tú- "eso sería ideal, sería sublime, pero... nuestros compañeros son 'muy duros', no quieren saber nada". No pienses así, compañero; empieza por asociarte tú; déjalos a ellos; ya vendrán, ya vendrán compañero, porque a los hombres que no pudo unir la abundancia, la ventura, la miseria los unirá. Asóciate tú; únete tú a los ya asociados; ya verás como vendrán tus vecinos, tus compañeros.

¿Y cómo pueden temer al comerciante? Si él te fía es porque tiene la seguridad que le pagarás con subido interés. Por otra parte, ¿pien-

sas tú, compañero, seguir comprando fiado toda tu vida? Mira, compañero: resuélvete de una vez a no comprar fiado. Sufre hambre y frío un año: haz tú un sacrificio más y ya verás que no necesitarás más del crédito. Deslígate una vez por todas del ramero; tira de una vez por todas esa maldita libreta. Piensa que los colonos que no pueden librarse de la libreta, como los borrachos no pueden librarse de la bebida, sucumbirán económicamente, como francamente aquellos sucumben. ¿Cómo es que hay hombres que no se emborrachan y otros sí? ¿Es que los unos no tienen carácter y los otros lo tienen? ¿Cómo es que hay colonos que nunca tienen deudas y otros andan endeudados toda la vida? ¿Por qué los unos tienen suerte y los otros no...? ¡Pamplinas, compañeros! La suerte es un mito, es una frase. Es que los unos son llenos de energía y buen sentido, los otros débiles y tontos. Sé, pues, tú enérgico una vez en tu vida; deslígate del ramero; larroja la libreta! Asóciate, únete a tus compañeros. En la sociedad has de encontrar la energía que tanto te hace falta. ¡Busca en la unión la energía que en tu soledad no has encontrado!

¡El comisario...! ¿El juez de paz...? ¿Crees tú, compañero, que esos dos personajes son dos monstruos creados por Dios para golpearte a ti? No, compañero; no, esos dos personajes son como el resto de los mortales; ni más buenos, ni más malos, y, si te golpean, es porque eres débil y flaco. ¡Todo el mundo se cree con derecho a golpear al débil y al flaco! Si tú te unieras a tus compañeros, si el comisario y el juez, malos, se dieran cuenta que al golpear a un colono, todos los colonos se sublevarían, no golpearían por cierto; serían, por el contrario, amigos de los colonos. Convéncete, compañero, que sólo hay amigos para los fuertes y que tú, para ser fuerte, debes unirme a tus compañeros.

¿Y has pensado, alguna vez, en la aberración estúpida de que tú, que vives en la tierra y trabajas la tierra, no tengas tierra para trabajar y algunas personas, que viven en el lujo y en la molicie de la ciudad, tengan miles de hectáreas? ¿Crees que eso es natural, que eso es humano? Y bien, compañero: la *Federación Agraria Argentina* quiere que eso termine; quiere que el trabajador de la tierra sea el dueño de la tierra que trabaja, y para que eso suceda es necesario que tú te adhieras a la Federación, porque al permanecer alejado de ella, no solamente no ayudas a tus compañeros ya federados, sino que nos estorbas.

¿Crees tú, compañero, que es agradable cambiar de chacra cuando el propietario quiera y sufrir todas las molestias de las mudanzas y todos los perjuicios que las mismas ocasionan? ¡Qué te ha de parecer agradable, si cuando te intiman desalojo se te pone la piel de gallina! Para evitar todo eso, únete a tus compañeros ya federados; únete, no pierdas tiempo. Compañero, en la *Federación Agraria Argentina* tu tendrás, ade-

más de las ventajas indirectas que da la asociación, ventajas directas. Tú tendrás en ella a un fiel y desinteresado consejero, cuando tienes que ir a los tribunales, o cuando tienes que ir al sanatorio; cuando tienes que vender o comprar; cuando debes firmar un documento y cuando quieres saber un precio. La Federación Agraria Argentina estará siempre a tu lado, será tu ángel custodio si tú eres bueno y honrado.

Ella es la única sociedad de colonos pequeños propietarios y arrendatarios que existe en la república. Es dirigida por colonos. Su consejo de administración los componen: Presidente, Esteban Piacenza; Vicepresidente, Serafín Frezzi; Secretario, G. Castellarin; Pro Secretario, Guido Visintini; Tesorero, Antonio Riatos; Pro Tesorero, Tomás Mooney; Vocales, Bartolomé Reggiardo, Angel Roson, Víctor Voghera, Alberto Bergami, Felipe Larroque, Damian Ciacia. Son todos hombres trabajadores de la tierra como tú, que han sentido la necesidad de asociarse para buscar en la unión la elevación moral y material de las huestes agrarias.

Tú debes asociarte. Todo el mundo se asocia. Los lustrabotas, los vendedores de diarios, como los hombres de ciencia y los millonarios, están asociados. Tú debes hacer como ellos, tú debes elegir entre asociarte y ser respetado en tu persona y en tus intereses, o quedar solo y sufrir todas las humillaciones y todas las expoliaciones: ¡a elegir, compañero!

¿Verdad, compañero, verdad que esta vez has leído verdades?